

¿Cómo es posible la comunicación? Sobre lo improbable y lo indeterminado en la producción de sentido

Para una lectura asociada de Niklas Luhmann
y Eliseo Verón

Mariano Fernández

*«Una vez sumergido en la comunicación, nadie puede
regresar al paraíso de las almas simples».*

Niklas Luhmann.

La historia del desarrollo de teorías en el campo de investigación sobre comunicación de masas puede resumirse, a trazo grueso, como un tránsito de modelos lineales, preocupados especialmente por la eficacia en la transmisión de mensajes –tal era el caso del «modelo informacional»– a modelos teóricos interesados en reflexionar ya no sobre los mecanismos necesarios para garantizar el correcto pasaje de un mensaje de emisor a receptor, sino por entender la dinámica del intercambio, el conjunto de factores que definen la relación entre un producto mediático y sus consumidores. Podría decirse que se trató de un tránsito obligado, no porque haya perdido interés la «eficacia» o los «efectos» de la comunicación (finalmente, vivimos en la era del marketing) sino porque tarde o temprano fue evidente que, a medida que se consolidaba la mediatización de nuestras sociedades, la relación entre emisión y recepción se volvía menos previsible, cada vez fue más evidente que «la comprensión» (la lectura de un diario, la expectación de un programa de TV, la escucha de la radio, etcétera.) era «estructuralmente problemática», ya que no podía identificarse a priori con las intenciones de un emisor (Wolf, 2007). De hecho, ese tránsito fue dejando en el camino no sólo hipótesis sino también conceptos: ya no tenía sentido hablar de «mensajes» (como

unidades homogéneas), dado que el producto que los medios ponen a disposición de sus usuarios son más bien conjuntos textuales heterogéneos (imagen, audio, gráfica); del mismo modo, perdía centralidad como factor clave la noción de «código»: emisión y recepción no se articulan necesariamente en base a reglas culturales compartidas; el consumo de medios involucra no sólo el capital cultural, la inserción en la estructura social, sino también prácticas textuales previas que son imposibles de explicitar de antemano y menos aún pueden ser codificadas (Eco y Fabbri, 1978).

En ese tránsito, han ido ganando lugar lo que pueden denominarse *teorías no lineales de la comunicación*. La no-linealidad describe la «forma» que adquiere la articulación entre emisión y recepción. Tal forma parece, sin embargo, más fácil de detectar en la comunicación mediatizada que en las interacciones interpersonales. ¿También las relaciones cara a cara están sometidas a las dificultades detectadas a propósito del consumo de medios? Esta pregunta no concierne ya sólo a la investigación en comunicación sino también a otras disciplinas de las ciencias sociales, como la sociología, la antropología y la lingüística. Y se trata de un interrogante que pone en cuestión otras tantas concepciones consagradas en estas disciplinas, entre ellas, la pertinencia de la teoría de la acción social y la cadena de conceptos asociados («intención», «motivación», «subjetividad», «conciencia») para explicar la producción de sentido en las interacciones sociales.

Ahora bien, podríamos preguntarnos por qué sería necesario poner en cuestión el valor explicativo que las «intenciones», los «motivos», y los «actos de conciencia» o la «subjetividad» tienen en los actos comunicativos de nuestra vida cotidiana. Ese cuestionamiento no puede ser, claro, mero efecto de un capricho.

Una razón puede ser la siguiente: si aceptamos que lo que otorga un carácter «social» a nuestras vidas es el conjunto de las relaciones, de asociaciones en que nos desenvolvemos, podemos apreciar que la producción de sentido no es obra de un individuo, ni siquiera de dos: toda comunicación es el efecto de una interacción y como tal no puede ser reducido al contenido de las intenciones o de las conciencias de sus participantes (algo que

parece más fácil percibir en las comunicaciones mediáticas). Los individuos no son las «unidades mínimas» en una interacción. La interacción misma es esa unidad. La sociedad es un complejo de relaciones sociales, no de meros individuos.

Pero también existe una segunda razón por la cual una teoría no lineal de la comunicación debe aplicarse también a relaciones interpersonales: la comunicación –se trate de una conversación entre dos personas o un intercambio mediatizado– deja de ser un fenómeno dispuesto para el consenso o gobernado necesariamente por «normas sociales» y se convierte en un acontecimiento constitutivamente problemático, tanto que obliga también a repensar otros problemas asociados, como los de la influencia o la dominación, tan característicos en las investigaciones sobre medios de comunicación.

Precisamente, este artículo pretende ser una invitación a una lectura cruzada de dos autores que, desde tradiciones de pensamiento diferentes como son la Teoría de los Discursos Sociales y la Teoría de los Sistemas Sociales, y por tanto con un arsenal teórico y conceptual distinto, han planteado, a lo largo de su producción intelectual, la necesidad de pensar la comunicación –tanto en su variante interpersonal como en sus formas mediatizadas– como una interacción gobernada por relaciones de asimetría, indeterminación y contingencia, imposible de ser reducida a la perspectiva de un actor individual.

Uno de estos autores es Eliseo Verón, cuyos textos son lectura tradicional en carreras de Comunicación Social y referencia en teorías del discurso y análisis de medios. El otro –Niklas Luhmann– es un consagrado sociólogo, que sin embargo no goza de la popularidad de alguno de sus contemporáneos (como Pierre Bourdieu, Jürgen Habermas, Anthony Giddens) a pesar de haber desarrollado una teoría tan compleja y sistemática como cualquiera de ellos. No nos proponemos, cabe aclarar, comparar dos «teorías», sino *asociar dos tesis* contenidas en esas teorías: allí donde uno de los autores –Verón– postula que existe un desfase constitutivo entre producción y reconocimiento en la comunicación mediatizada, aunque con la sospecha de que se trata de un problema que se

cierne también sobre la interacción interpersonal, el otro – Luhmann– desarrolla una teoría basada en la hipótesis de que la mínima interacción social está sometida a una *no identidad de las perspectivas* de los actores, pero que, al mismo tiempo, ambos actores experimentan en sí mismos *la identidad de esta experiencia mutua*, por lo cual para ambos la situación es por ello indeterminable e inestable.

Por eso, lo que proponemos es una invitación: reunir y cotejar dos autores que pueden ayudar a problematizar las relaciones de comunicación, ya no sólo en el nivel de los medios masivos, sino también en las interacciones personales o colectivas no mediatizadas. Por lo tanto, como sostiene Luhmann, se no se trata de hacer preguntas que se puedan responder necesariamente con pruebas empíricas, y por tanto, de presentar modelos «verdaderos», sino más bien de proponer hipótesis que sirvan como estímulos de análisis, con el objetivo de que se encuentren respuestas cada vez más plausibles a la creciente complejidad de las sociedades contemporáneas.

VERÓN: NO LINEALIDAD EN LA CIRCULACIÓN DEL SENTIDO

Una de las pocas formulaciones teóricamente fundadas y empíricamente ejemplificadas de una teoría no-lineal de la circulación discursiva, en el campo de estudios en comunicación social, es la de Eliseo Verón. Pero antes de describir los lineamientos más importantes de este planteo, conviene señalar que se enmarca en un programa teórico y de investigación más amplio, denominado alternativamente *Teoría de los discursos sociales* o *Teoría de la discursividad social*, que Verón sistematizó en su libro *La Semiosis Social* (publicado en 1988, recoge trabajos realizados entre 1975 y 1984). Como teoría, su enfoque se caracteriza por asumir como nivel privilegiado de análisis el funcionamiento de los procesos de producción de sentido en la sociedad. Si la noción de discurso y los intercambios discursivos adquieren, en el seno de esta teoría, un lugar nuclear es porque –y este es un postulado central– sólo en el nivel de la

discursividad el *sentido* manifiesta sus determinaciones sociales y los fenómenos sociales develan su dimensión significativa (Verón, 2004a: 125-126). De otro modo, para esta teoría, la producción de sentido es de naturaleza discursiva.

Precisamente, el concepto de discurso pretende dar cuenta de las determinaciones sociales que operan sobre la producción de sentido. Por eso, Verón ha enfatizado la importancia de una doble hipótesis que explica su concepción de los fenómenos sociales como procesos de producción de sentido. En primer lugar, entonces, «toda producción de sentido es necesariamente social: no se puede describir ni explicar [...] un proceso significativo sin explicar sus condiciones sociales productivas». Y, en sentido inverso, «todo fenómeno social es, en una de sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido, cualquiera que fuere el nivel de análisis (más o menos micro o macro sociológico)» (2004a: 125). La generalidad de tales premisas alcanza, sin embargo, para entender que hay, allí, un doble rechazo: del reduccionismo semiótico, por un lado, y de los análisis que ven, en las «representaciones» o «ideas», meros reflejos de una realidad exterior que las determinaría.

El interés de Verón por el discurso de los medios de comunicación masiva, plasmado en numerosos estudios empíricos que contribuyeron al desarrollo de su teoría, lo ubicó como referencia de lectura en el campo de las ciencias de la Comunicación. Sin embargo, el mismo Verón se ha encargado de subrayar que, a diferencia de las teorías comunicacionales, él concibe a la teoría de los discursos como una *teoría no lineal de la circulación y producción de sentido* (2004b: 65).

Lo primero que hay que señalar de esta tesis es que exige abandonar el subjetivismo que aqueja a las teorías comunicacionales fundadas en el modelo sociológico de la teoría de la acción social. Tal teoría, uno de cuyos exponentes más destacados es Max Weber, considera que el sentido de una acción debe definirse por la orientación subjetiva del actor, por sus intenciones y objetivos (Weber, 2006: 177). Tal propuesta está en la base de muchos modelos explicativos de la comunicación social, para los cuales en el inter-

cambio entre un «emisor» y un «receptor», el deber del analista es posicionarse en la «perspectiva del actor» y desde allí seguir el recorrido de su discurso.

La propuesta de Verón, en cambio, es que para estudiar la producción de sentido es preciso cambiar, precisamente, de perspectiva: si en lugar de posicionarse en la «consciencia» del emisor, el analista se ubicara sobre el intercambio discursivo, concebido como sistema de relaciones, vería que en esa escala el sentido está afectado de indeterminación, es decir, que al describir la dinámica de un intercambio, «las intenciones» o los «objetivos» de un hablante se vuelven factores explicativos secundarios. Que la circulación discursiva no sea lineal significa que, por definición, de un discurso producido es imposible deducir sus efectos, y que, también por definición, nunca ese discurso producirá un efecto, y sólo uno.

De allí que uno de los aportes más importantes de la teoría de Verón sea la diferenciación entre dos puntos de vista irreductibles para analizar los intercambios discursivos: *la producción y el reconocimiento*. Desde este punto de vista, el sentido no es ni subjetivo (no se encuentra en la *intención de un actor*) ni objetivo (no está en *la lengua*): «es una relación (compleja) entre la producción y la recepción, en el seno de los intercambios discursivos». (Verón, 2008: 17).¹³

Lo central de esta tesis es que el análisis nunca podrá ser el estudio aislado de la *producción*, por un lado, y del *reconocimiento*, por el otro, sino que su interés se centra en los modos en que se articulan. Esa articulación es especialmente problemática: según el tipo de intercambio discursivo sobre el que se trabaje, no sólo hay variaciones espacio-temporales, sino también en los meca-

¹³ Es importante señalar que Verón no desprecia la importancia de las «intenciones» o de las «voliciones» como motores de conducta. Como lo ha señalado, «desde el punto de vista de un actor social que «comunica» no existe ninguna indeterminación: él sabe (o cree saber) lo que «quiere decir» y en función de esta representación produce su discurso» (Verón, 2008: 19). Por eso sólo la perspectiva del intercambio puede hacer visible la no linealidad.

nismos de articulación, se trate de una conversación cara a cara, de un intercambio epistolar, por correo electrónico, por chat o se trate del consumo de un producto televisivo, gráfico, radial.

La articulación entre producción y reconocimiento es aquello que tradicionalmente se denomina la «circulación». Para Verón (Verón, 2002: 129) la circulación es un conjunto de procesos inmateriales: no se puede estudiar directamente. Un observador puede acceder a discursos materializados (un artículo de un diario; el comentario de ese artículo por un lector), pero estrictamente hablando, la circulación es un fenómeno invisible. ¿De qué manera, aún así, podemos detectar los modos en que circula el sentido en una sociedad? Para Verón, la circulación puede pensarse como una *dinámica de desfases* entre producción y reconocimiento: desfase espacio-temporal, en primer lugar, pero también variación del «objeto» del discurso, ya que las operaciones empleadas para producir ese discurso son distintas de aquellas utilizadas para «leerlo».¹⁴ Desfase que no es una «anomalía» sino una propiedad constitutiva, estructural, de toda comunicación. Pero a diferencia de lo que pensaba la teoría informacional, que vería en este desfase un fenómeno similar al «ruido», es decir, un obstáculo para la realización correcta de la comunicación, no estamos aquí en presencia de una anomalía sino de un dato constitutivo de la circulación del sentido.

Habría que agregar que, en la comunicación mediatizada, para Verón, *el esquema de la comunicación* es asimétrico e irreversible: por un lado, no puede asegurarse una equivalencia entre la lógica de producción del discurso y las operaciones de lectura; por otro lado, en el nivel de la mediatización, la articulación *producción-reconocimiento* no es reversible en el tiempo.

¹⁴ Un ejercicio rápido para ver el desfase operando en acto son los comentarios de lectores a artículos de diarios publicados en internet. Allí pueden percibirse las variaciones permanentes (relativas a las posiciones políticas, a los intereses personales, a lecturas previas) que cada comentarista hace entrar en juego para posicionarse frente al artículo leído.

Propuesto tal esquema, sin embargo, es preciso señalar que esa distancia entre producción y reconocimiento es extremadamente variable según sea el nivel de funcionamiento de la comunicación y el tipo de discursos estudiados. A priori, es dable suponer que en la comunicación interpersonal el desfase es mínimo, sino imperceptible; al contrario, en las comunicaciones mediatizadas por dispositivos tecnológicos el desfase tendería a aumentar y por lo tanto, hacerse más evidente. Verón ha señalado que, incluso, es posible «realizar una *historia* de los desfases» (Verón, 2002: 130). En tal historia, «la emergencia de soportes materiales tecnológicos autónomos de comunicación (autónomos de los actores individuales) tiende a acentuar el desfase, habilitando la emergencia de nuevas modalidades de comunicación colectiva». Cuanto más se mediatiza, más compleja (menos homogénea) es una sociedad.

Aún admitiendo que el desfase es un fenómeno que está presente en todos los niveles de la comunicación, sigue siendo más fácil de reconocer toda vez que existe un desplazamiento espacio-temporal del discurso en cuestión. Esto es más fácil de percibir en determinados casos: la lectura de una obra escrita en otra etapa histórica, o el consumo de un producto mediático, casos en que no sólo no hay interacción personal sino en que media, entre producción y reconocimiento, una brecha espacio-temporal. Pero, ¿qué sucede en los intercambios cara a cara, simultáneos y no mediatizados? Una respuesta posible, sería, como dice el propio Verón, que «considerado en sí mismo, para retomar la fórmula de Peirce, un pensamiento en un momento dado sólo tiene una existencia potencial, que depende de lo que será más tarde». Incluso una frase dicha frente a otra persona, y contestada inmediatamente, demanda, para adquirir sentido, de esa respuesta. Antes, no es nada más que una mera posibilidad.

No hace falta indagar mucho para detectar que una respuesta como esa es insuficiente. Desde nuestro punto de vista, es precisamente en este punto que la teoría de Luhmann puede aportar un principio de respuesta.

LUHMANN: COMUNICACIÓN Y DOBLE CONTINGENCIA

Tal y como lo aclaramos en la exposición de la teoría no lineal de la circulación del sentido de Verón, la teoría de la doble contingencia de Luhmann es indisoluble de su *Teoría de los Sistemas Sociales*. Tal teoría se enmarca, a su vez, en un programa transdisciplinario, que concierne tanto a la biología, como a la física, a la cibernética y a las ciencias sociales. El punto de partida y el corazón de la teoría de Luhmann es que la sociedad, pero también las instituciones y las prácticas sociales no institucionalizadas, pueden entenderse como sistemas autorreferenciales, autopoieticos y cerrados en su operación. No iremos más allá de esta mención. Pero ella nos sirve para aclarar que la exposición que queremos hacer aquí supone una amputación del conjunto de la teoría de Luhmann, tanto desde el punto de vista argumental, como terminológico. Por eso repetimos: se trata menos de ser fieles que de invitar a una lectura, que, a su tiempo, deberá vérselas con las dificultades del lenguaje y de la exposición de los escritos del autor.¹⁵

Para quienes están interesados en problemas vinculados con la comunicación social, el pensamiento de Luhmann concebido en la tradición de la sociología, puede ser una referencia sin embargo muy útil, ya que su teoría de los sistemas sociales tiene como concepto central el de «comunicación». Si bien esta presencia no asegura nada de antemano –convivimos, diariamente, con variadas e incompatibles definiciones de esta noción–, sí nos asegura un esfuerzo serio y fundamentado por explicar e integrar a la comunicación como base de las relaciones sociales (o, en términos de Luhmann, como interacción fundamental para la constitución de sistemas sociales, se trate de un matrimonio, de una amistad, un intercambio comercial

¹⁵ Esa dificultad debe computarse como un dato normal. Cualquier intento por elaborar una teoría social (y esto puede comprobarse en las obras de Bourdieu, Habermas, Giddens y otros) supone, necesariamente, la creación o recreación de términos, casi puede decirse la invención de un lenguaje.

o del sistema de medios masivos). Conviene por lo tanto enmarcar la teoría de la doble contingencia en la problemática más general de la comunicación.

Para empezar, Luhmann rechaza lo que denomina «la metafórica de la transmisión» (Luhmann, 1998: 142), y por lo tanto, la idea de que la comunicación tenga que ver con el poseer, el tener, el dar o el recibir. Al respecto, apunta una serie de razones: en primer lugar, la imagen de la «transmisión» está atada al modelo del emisor, y los modelos explicativos basados en él, que privilegian la intencionalidad y las disposiciones subjetivas para explicar el sentido del intercambio; en segundo lugar, esa imagen supone que la identidad de lo que se transmite es la misma para el emisor y para el receptor, y por lo tanto, se da por supuesto que el entendimiento es la situación normal de comunicación; en tercer lugar, precisamente, la metafórica de la transmisión concibe a la comunicación como un proceso conformado por dos agentes (emisor-receptor).

Para Luhmann, en cambio, la comunicación es una interacción social que se lleva a cabo entre un *ego* y un *alter*, que se experimentan, mutuamente, como *alter-ego*. Este cambio de terminología es también un cambio conceptual. Las figuras de *ego-alter*, pueden ser tanto actores individuales (por ejemplo, un alumno y un profesor) como sistemas sociales (por ejemplo, sistema político y sistema judicial) o un actor individual y un sistema social (por ejemplo, un consumidor de medios y el medio consumido). Si pensamos en dos actores individuales, lo importante es entender que la comunicación no puede reducirse a la intencionalidad ni a la conciencia de cada uno. Por el contrario, «así como no hay vivencia sin acción, o constancia sin variabilidad, tampoco hay un ego sin referencia a un alter, y sin la mediación de la experiencia de que alter es un alter-ego» (Luhmann, 1998: 99). Menos que un juego de palabras, esta frase indica que la comunicación resulta de una interacción que no puede reducirse a un intercambio intersubjetivo.

Precisamente, la dimensión social de la vida se constituye por este encuentro entre *ego-alter*, no antes, no después. La relación

ego-alter está mediada por un tipo particular de observación¹⁶, que Luhmann llama «comprensión» (Luhmann, 1998: 101). En términos de Luhmann, hay comprensión cuando dos sistemas (se trate de actores individuales o de sistemas sociales) se experimentan uno a otro como parte de su entorno, y definen sus comportamientos considerando el acto de comunicación del otro: «un sistema que comprende no puede evitar encontrarse a sí mismo en el entorno del sistema comprendido». Gracias a la comprensión el comportamiento de los otros es más accesible, más observable, más previsible.

Ahora bien, ¿qué es lo que se pone en juego en esta mutua comprensión? Pese a las apariencias, no se trata de dos personas llegando a un acuerdo; la comprensión no tiene que ver con un consenso o un entendimiento. Para Luhmann, la comunicación implica un proceso complejo que consta de tres selecciones. En sus términos, *información, acto de comunicar y acto de entender*. Si quisiéramos traducirlo a una terminología más familiar, diríamos: *selección, emisión y recepción*. Como se ve, Luhmann incorpora un aspecto usualmente desatendido: la emisión es una segunda instancia en cualquier comunicación. Antes de que alguien hable, previamente ha realizado una actividad invisible a la observación: ha seleccionado, de entre varias posibilidades (que son, estrictamente, virtualidades), determinadas palabras, gestos, ex-

¹⁶ La «observación» es un concepto central en la teoría de Luhmann. Hay un sobre-esfuerzo de su parte por des-antropologizar el concepto, por recrearlo como una operación que realizan todos los sistemas, sean sociales, psíquicos, biológicos o mecánicos. Para nuestros intereses, baste con decir que la observación es «el uso de una distinción con el fin de designar uno de los lados y no el otro». También, hablamos de observación sólo cuando el señalamiento de uno de los lados de la distinción haya sido motivado dentro de una urdimbre recursiva, en parte, mediante observaciones anteriores – es decir, mediante memoria –, en parte, mediante la capacidad de enlace, anticipando lo que se puede hacer o a dónde se pueda llegar con ella. En el caso del proceso comunicacional, cada selección de *alter* y de *ego*, funcionan como observaciones sobre la selección del otro. También es importante señalar que es posible realizar observaciones de segundo orden: observar las observaciones.

presiones. A esa diferencia entre lo posible y lo que finalmente se selecciona, Luhmann lo denomina información. Desde ya, la vida en sociedad (la «socialización») suele realizar esa tarea por los individuos, enseñándonos qué decir y en qué circunstancias, pero no por eso la información deja de estar presente cada vez que se produce un evento comunicacional.

Lo interesante del planeo de Luhmann es que, pese a lo que podríamos suponer, no considera que el acto de comunicar (la emisión) sea la instancia más importante en la comunicación. Por el contrario, para el autor, es el acto de entender el que gobierna el proceso, porque los actos de enlace entre emisión y recepción (concebidos como actos de selección) se orientan según expectativas. Entonces, también la recepción de un discurso implica un acto de selección que no está prefijado por la intención del emisor, sino condicionado por el estado del receptor. Pero lo que es más importante, sin esa segunda selección no hay comunicación. De allí que para Luhmann (Luhmann, 1998: 144) *«la comunicación se hace posible desde atrás, por decirlo así, en sentido inverso al fluir del tiempo del proceso»*. De otro modo, es la recepción la que inicia la comunicación, y no la emisión. Por eso, Luhmann sostiene que el acto de comunicar (o *emisión*) es en principio *únicamente una oferta de selección*. Sólo la reacción cierra la comunicación, y sólo en ella se puede reconocer lo generado como unidad. De ahí, también, que Luhmann decida invertir la nominación: para él, *ego es el receptor y alter el emisor*.

Si se concibe que cada acontecimiento del proceso comunicacional (*información, acto de comunicar y acto de entender*) pueden ser descriptos como «selecciones», entonces puede aceptarse que la comunicación sea selectividad coordinada (Luhmann, 1998: 153). Sólo se genera cuando *ego* fija su estado con base en una información que se ha comunicado. Fijar su estado, aquí, no quiere decir: «aceptar», o «estar de acuerdo». Dentro del proceso comunicacional queda integrada *necesariamente la posibilidad del rechazo*. Rechazar es, también, seleccionar información y actuar en consecuencia.

Resumiendo, para Luhmann (Luhmann, 1998: 161) la comunicación no se puede comprender meramente a partir de la acción

de emisión ni el proceso de comunicación como cadena de acciones separadas. La comunicación incluye más acontecimientos selectivos en su unidad que el sólo acto de comunicar. En la comunicación entra siempre la selectividad de lo comunicado, de la información, así como la selectividad de la comprensión y son precisamente sus diferencias las que constituyen la esencia de la comunicación. De esto se deduce que hay procesos internos a toda *comunicación que no se pueden observar directamente, sólo pueden ser deducidos*.

A través de la tesis de la comunicación como «selectividad coordinada» podemos introducir el problema de la «doble contingencia», es decir, la idea de que en toda interacción social, las selecciones de *ego* y *alter* son contingentes, y por lo tanto, no están aseguradas de antemano, ni es posible para uno «determinar» la selección del otro. Cabe recordar que el concepto de *contingencia* (que Luhmann recupera de la lógica modal) se obtiene al excluir la necesidad y la imposibilidad. Contingente es aquello que no es ni necesario ni imposible; es decir, aquello que puede ser como es (fue, será) pero que también puede ser de otro modo.

Luhmann retoma este problema de Talcott Parsons¹⁷, para quien la doble contingencia (en las selecciones de *ego* y *alter*) era inherente a toda interacción social, lo que acarrea un problema de base: si no existieran factores que definieran límites sobre los que establecer la selección de información, la interacción puede ser indefinidamente indeterminada, y por lo tanto, la comunicación sería imposible, y así también la vida en sociedad, ya que sería imposible pronosticar el comportamiento de los demás, y se viviría en una permanente incertidumbre. Parsons propuso una solu-

¹⁷ Talcott Parsons (1902-1979) fue uno de los más importantes sociólogos estadounidenses del siglo xx, la figura más renombrada del funcionalismo sociológico. Luhmann fue alumno de Parsons en Harvard. Pese a las discordancias entre ambos, el propio Luhmann comenta que «lo que me interesó principalmente fue cómo se construye una teoría de tanta envergadura como la de Parsons y en qué, por qué y cuándo falla». Las obras más comentadas de Parsons son *La estructura de la acción social* (1937) y *El sistema Social* (1951)

ción: la comunicación sólo es posible por el respeto de «convenciones» presentes en la cultura, que permiten la generalización de lo particular en situaciones específicas y la estabilidad del significado que únicamente puede ser asegurado por normas respetadas por ambas partes.

En cambio, para Luhmann (Luhmann, 1998: 129) no se puede fundamentar la estabilidad de una interacción (y, en proyección, de un orden social cualquiera) ni en normas ni en valores a priori. En todo caso, la norma es una solución parcial y posterior. Para el autor, una teoría que acepta la idea de la doble contingencia como un problema que condiciona cualquier interacción social tiene consecuencias: trata con una realidad consolidada pero en suspenso.

Es importante señalar que para Luhmann (Luhmann, 1998: 125), la doble contingencia pura, entendida como una situación socialmente indefinida por completo, no existe en verdad en nuestra realidad social. Sin embargo, tampoco el «consenso», ni el «contrato», son fenómenos que existan de manera ideal. Por eso, esta tesis no niega la efectividad de las normas para regular las relaciones sociales, sino que es una radicalización de un problema que no es meramente teórico, sino que acompaña nuestras existencias cotidianas: si cada individuo actúa en forma contingente, es decir, si es consciente de que tanto para él como para los demás existe otra manera posible de actuar, es en primera instancia improbable que su propia actuación encuentre siquiera puntos de contacto en la actuación de los demás.

De allí que, para Luhmann, antes que plantear la «comunicación» como una situación que sólo se concreta cuando hay «entendimiento», conviene interrogar ese entendimiento como lo que en realidad es: un logro complejo, difícil, improbable. Entonces, la teoría debe replantear su método. La receta metodológica de Luhmann es buscar teorías capaces de declarar como improbable lo que diariamente nos parece algo normal.

Dicho esto, la comunicación es uno de esos fenómenos normalizados, y sin embargo, originalmente, todo proceso comunicacional es una interacción sometida a la duplicación de

la contingencia. Tanto *ego* como *alter* se experimentan, simultáneamente, como alter-ego. Experimentan, dice Luhmann la *no identidad de las perspectivas, y lo hacen al mismo tiempo. La doble contingencia es una experiencia mutua*. Por ese motivo, si nos detuviéramos a desandar situaciones de intercambio cotidiano, veríamos que la comunicación es, *a priori*, una situación indeterminable, inestable, insoportable. Y aún si se la concibiera como orientada a lograr un acuerdo de partes (sea para consolidar una pareja, para resolver un problema doméstico o para dictar una ley) es una situación improbable que requiere de «soluciones» que no pueden garantizar sólo las convenciones sociales (como pretendía Parsons). De allí que la pregunta que gobierna la teoría no sea: ¿qué es la comunicación?, sino: ¿cómo es posible la comunicación?

CONCLUSIONES

A lo largo de este escrito hemos presentado fragmentos de la obra de dos autores que conciben a la comunicación -entendida como interacción social- como un fenómeno constitutivamente problemático. Si bien se trata de dos tesis integradas en teorías muy diversas -tanto desde el punto de vista de las tradiciones en que se inscriben cuanto en sus elecciones terminológicas y conceptuales- tanto el postulado de la *no-linealidad de la circulación del sentido* como la teoría de la *doble contingencia*, pueden ser estudiadas de manera complementaria y pueden, también, reforzarse mutuamente. Como ya lo señalamos, plantear desde el inicio el carácter no lineal, asimétrico, indeterminado de la circulación del sentido, y el estatus *improbable* de todo proceso comunicacional no tiene un valor en sí mismo: no afirmamos que un modelo basado en tales premisas sea el *mejor* modelo teórico, sino que su valor consiste en abrir un campo de interrogantes inexplorado, tanto en lo que refiere a la investigación en comunicación social como en otras disciplinas de las ciencias sociales.

El eje de nuestra propuesta fue mostrar cómo en la Teoría de los Sistemas Sociales de Luhmann se pueden encontrar principios teóricos sobre el funcionamiento social que son compatibles con una concepción no-lineal de los intercambios discursivos, tal como la que propone la teoría de la discursividad de Verón. Así, lo que Verón propone como una hipótesis (que el desfase entre producción y reconocimiento, en principio un fenómeno registrado a propósito de la comunicación mediatizada, debía considerarse un fenómeno presente en todas las instancias de la comunicación) en Luhmann es el punto de partida de la teoría, o al menos de una de las preguntas fundamentales: ¿cómo es posible el orden social?, ya que esa pregunta debe formularse en los siguientes términos: ¿cómo es posible un orden social cuya mínima unidad de funcionamiento está aquejada por una doble contingencia (o, en nuestros términos, una doble indeterminación)? Desde este punto de vista, Luhmann ofrece la posibilidad de vincular una teoría de los discursos sociales a una teoría de la sociedad, así como en su momento las teorías de la comunicación se sirvieron (no siempre de manera explícita) de la teoría de la acción social.

Señalamos también que una lectura compartida de Luhmann y Verón puede ser útil para el análisis del funcionamiento del discurso de los medios de comunicación, y por lo tanto, también para el replanteo de antiguas y siempre presentes preguntas sobre la «influencia» o la «manipulación» mediática. Para Verón, la mediatización de las sociedades contemporáneas es un proceso que multiplica los desfases entre producción y reconocimiento. A medida que una sociedad incorpora dispositivos de comunicación más numerosos y más sofisticados, y por lo tanto a medida que sus intercambios (públicos y privados) se mediatizan, más compleja, menos predecible se vuelve. Para Luhmann, en la base misma del funcionamiento de la comunicación mediática hay una improbabilidad que resulta de la misma lógica evolutiva nacida de los medios de difusión. En efecto, una vez que se crean medios (primero la escritura, luego la impresión, más tarde las telecomunicaciones) para vencer la improbabilidad del acceso a la comunicación de los no presentes, ahora la improba-

bilidad se traslada a la dificultad de comprender y aceptar la comunicación sin interacción: cómo saber si el otro aceptó mi comunicación, siendo que no tengo posibilidad de comprobar, en lo inmediato, su respuesta. En rigor, esa improbabilidad debe ser consignada como problema de partida para la teoría social, pero en el caso de la comunicación del sistema de medios es una dificultad añadida. Vimos que para Luhmann «la comunicación es selectividad coordinada» y por lo tanto, el «éxito de la comunicación es una unión lograda de selecciones» (Luhmann, 1998:157). En cualquier comunicación –y por tanto también en la mediática– intervienen los tres selectores mencionados: *el acto de informar/ el acto de comunicar/ y el acto de entender*. Pero en el caso de la comunicación mediática, esos selectores «no pueden quedar coordinados de manera centralizada» (Luhmann, 2000: 4), y de hecho no lo están: la disposición de emitir información y la disposición de conectarse a ella (y aceptarla) están atravesadas por el problema de la doble contingencia. Esto acercaría una explicación a ese fenómeno extraño por el cual un sistema que constitutivamente tiene posibilidades limitadas de manipular (no de intentar manipular, sino de que esa manipulación sea exitosa) al mismo tiempo no puede dejar de funcionar (de informar) bajo sospecha persistente de manipulación.